

PAGINAS HISTORICAS, por Alberto Edwards (Difusión).

Pudo haberle pasado al señor Edwards, autor de estas páginas históricas, el caso que cuentan de M. Thiers, cuando le propusieron cierto candidato para Director de Bellas Artes y el viejo historiador, Presidente entonces de la Tercera República, contestó:

—Pero ése sabe tanto de bellas artes como yo de...

Y se quedó, así, un rato, en suspenso, pensando, hasta que él y su Ministro se echaron a reír ante la dificultad.

También el señor Edwards lo sabía todo.

Además, cosa en que aventajaba a Thiers, poseyó fantasía novelesca.

Pero aquí sólo vamos a hallar algunos aspectos de sus distintas especialidades: habría sido imposible dar muestra de cada una en sólo 180 páginas.

Felizmente, si bien estrechas para tan vasta personalidad, estas páginas fueron elegidas, con acierto y aunque no logran retratar entero al personaje originalísimo que las escribió, inspiran el deseo de conocerle más y pedir sus libros en las librerías; lo cual ya constituye un éxito de difusión.

El volumen, prologado por Silva Castro, contiene dos artículos sobre Portales: uno relativo a su actitud ante la doctrina Monroe y la democracia; el otro, referente a su actitud frente a la mujer.

Como se verá, son puntos neurálgicos.

Portales mira con temor el panamericanismo y aquí el año 1822, aunque era entonces un simple comerciante, menor de treinta años, residente en Lima y cuando a nadie se le ocurría aun tal cosa, sino al contrario: el hombre no sólo sentía sino que presentía.

Respecto a la democracia, como lo apunta el prologuista, su opinión se adelanta a la de Bello y coincide con la que el maestro daría, siete años después, al llegar a Chile: "Las instituciones democráticas han perdido aquí su pernicioso prestigio y los que abogan por ellas lo hacen más bien porque no saben con qué remplazarlas..."

Grandes signos de la época sobre los cuales don Alberto Edwards coloca regocijado el acento. La ideología democrática no se llevaba, precisamente, sus predilecciones; consideraba el sistema de representación popular como el veneno de cobra, que no puede administrarse con indiferencia, en cualquier dosis, a todos los pacientes.

En eso se parecía a su modelo. Hombre nada teórico ni sistemático, más bien intuitivo y dotado de visión directa, Portales no carecía, como se ha dicho, de ideas políticas ni plan de Gobierno. Sólo que esas ideas carecían de complicación y el plan se basaba en la austeridad, dos fundamentos que atraen poco a la mayoría, pues el uno impide lucirse y el otro no deja aprovechar.

"Si a Portales se le hubiese exigido que expusiese y detallase sus planes políticos — escribe Sotomayor Valdés — acaso no habría podido expresar más que ciertos puntos capitales, como la honradez y pureza en la administración pública, la moralidad del pueblo, el trabajo como primer elemento moralizador y civilizador, la autoridad llevada al más alto grado de respeto, etc."

¿Que había leído pocos libros?

Lo mismo afirmaban de Cervantes los escritores de su tiempo: don Miguel no era un humanista, no se había sumergido en el griego y el latín. Tampoco César o Napoleón, Washington o Bismarck, "ese huaso tonto de romeranía" como le llamaba un personaje nuestro, poseían una instrucción bastante

superior a la mayoría de sus amigos y émulos. Ello no obsta para que Lastarria y los suyos desdenen a don Diego por inculto y "desde la altura de doctrinas que no han tenido un solo éxito práctico en nuestra raza, llamen "funesto error" al más incuestionable de los aciertos políticos que ha presenciado la América Latina". Ya nos parece, al transcribir esta frase, ver el encogimiento de los hombros, los gestos de la cara y los ademanes de los brazos con que la acompañaría el señor Edwards.

Se saben las disputas que ha originado el otro aspecto de Portales aludido en este libro: su posición ante la mujer. Don Alberto, para interpretarla, acude a la raza. Las observaciones sobre el español, que él aplica a don Diego, envuelven una mezcla curiosa de profundidad y humorismo, típica de su temperamento en que tanto había de británico.

Dice: "El español, sobre todo el caballero andaluz, conserva prodigiosamente lo que los demás pueblos han perdido: la integridad, por decirlo así, clásica, de su actitud mental y moral. Ignora los matices vagos y las confusiones de la época presente. Va derecho al grano, llama las cosas por su nombre, no le asusta la realidad en la vida ni en el arte..." Véase la carta, la célebre carta del gran Ministro a su comadre, doña Raquel Bezanilla, viuda del Presidente Ovalle: contiene rasgos que sólo a Joaquín Edwards no han asustado.

Más adelante, define a las mujeres andaluzas que "no son efémeras ni deportistas, damiselas errantes, ni doctoras, sino lisa y llanamente mujeres, al estilo clásico. Los hombres no son personajes neuróticos, escépticos, gastados por una civilización decadente, sino hombres como antes solían serlo. Las señoras son muy señoras; las entretenidas, muy entretenidas; los clérigos, muy clérigos...". Supone que a don Diego le gustarían, como a Napoleón, "los genres tranchés", "los géneros definidos", (charla con Goethe en Weimar) y que se hubiera sentido molesto con las complicaciones, matices y estados intersexuales que enriquecen ahora la gama femenina: "No entiendo", me imagino que habría de decir, "No son, por lo menos, las

mujeres de mi tiempo y de mi raza... ¿Qué se hace con esto? ¿Son señoras? ¿Son entretenidas? ¿Por qué parecen muchachos? ¿Qué diablos significan?"

El costumbrista que aquí sólo apunta se explaya largamente, después, con visible complacencia, en las cincuenta y tantas páginas, las más copiosas del volumen, dedicadas a Jotabeche y que figuran como prólogo a sus obras completas en la Colección de Autores Chilenos, edición oficial.

Es un espléndido estudio crítico y biográfico.

Allí está el paralelo, tantas veces reproducido, que nota las semejanzas entre Vallejo y Larra, maestro al cual lo subordinan demasiado. "...los genios de ambos escritores — página 80 — no presentan muchos puntos de contacto. El espíritu amargo y melancólico de Larra, fruto malogrado de una civilización envejecida, extranjero en su patria, de cuyas peores vicisitudes le tocó ser testigo, presenta un marcado contraste con el del precursor original de una literatura nacida en un pueblo nuevo, viril y próspero, y por tanto, regocijada y juvenil". (He aquí un tema de discusión: la literatura chilena ¿es regocijada? ¿lo era, lo fué?). "Mientras el uno lloraba sobre la tumba de sus ilusiones y esperanzas y moría suicida a los veintiocho años, el otro recorría triunfalmente la carrera de la vida, alegre y aturdido como un estudiante, ávido de pla-

ceres y emociones, regañando algunas veces, pero jamás desengañado".

Toda la semblanza, escrita con esmero, no ofrece el aire de improvisación de los demás artículos.

Se recogen de paso muchas lecciones.

Causa actualmente indignación y escándalo la abundancia de prensa menuda dedicada a cultivar el crimen y hacer una industria lucrativa de la murmuración con vistas al "chantage". Se dice que jamás habíamos descendido tanto, que esto indica la corrupción de los tiempos, que el Estado debería intervenir.

Errores. En tiempos de Jotabeche, durante la administración del Presidente Bulnes, es decir, en la mejor época, probablemente, de la República, una especie de santo laico, don José Miguel Infante, editaba un periódico en el cual solían decirle con todas sus letras "¡Miserable aventurero!" ¿a quién? Pues nada menos que al gran don Andrés, cuya estatua de mármol, de cuerpo entero, acaso recuerda hoy en la Alameda, media cuadra más arriba del busto sobre una columna que conmemora a Infante.

Jotabeche, digno de tener el suyo en algún sitio, podría quedar a la vista del propio Bulnes que, Presidente, vencedor de Yungay y todo, recibió del ácido Vallejo en varias ocasiones, epítetos tales que la decencia, impide transcribirlos. Acercarlo a su víctima sería una justicia doble, premio y castigo juntos...

Pero los insultos pasaron. Había libertad. Acaso no habrían pasado tal fácilmente si, en vez de respetar al que, en esa forma se desahogaba, la autoridad hubiera ordenado asaltarlo en la calle y hubiera impedido que se castigara después, a los asaltantes.

Tras la biografía de Jotabeche, los capítulos del señor Edwards sobre el manto y la mantilla parecen un tema de Jotabeche.

¡Qué sabrosa combinación de comedia y drama, de estudio político y cuadro de costumbres!

Esa entrada de doña Manuela Warnes, esposa de don Joaquín Prieto, en la Catedral, no con manto, sino con mantilla, más una minúscula fracción de espalda descubierta; el escándalo de don José Alejo Eyzaguirre; la consulta al Provisor sobre si se echará o no echará del templo a la señora; la aprobación de la autoridad eclesiástica; la resistencia de la dama, los rayos fulminados por don Bernardo O'Higgins, más que Dictador, Sultán entonces de las Mil y una Noches, sobre el pobre clérigo Eyzaguirre, que se vió, de pronto, contra la ley, contra los cánones y los fueros, apresado, expulsado, deportado allende la cordillera, a una ciudad infestada, estando tan enfermo que no podía andar a caballo y sin que la autoridad de la Iglesia lo amparara... todo eso, implacablemente expuesto por el señor Edwards con su documentación comprobatoria, constituye no ya un asunto para el Larra chileno, sino bocado para el paladar de un France.

Seleccionados, sin plan de conjunto — por lo demás, innecesario — estos siete artículos — "Portales y la Democracia, Portales y la Mujer, La Constitución del 33, Jotabeche, El manto y la mantilla, Algunas Presidencias y Recuerdos de don Abdón Cifuentes" — dejan una sola impresión general: la de su frescura y viveza, la de su interés intacto; así sean de 1911, como el prólogo a Jotabeche, de 1918 a 1930, como otros, todos, parecen escritos ayer y se dirían la charla de un hombre inteligente que está al día.

Arbitrario, a veces, paradójico, extremado, nunca banal y sin relieve, con frecuencia de un profundo buen sentido, que

llega a resultar humorístico, don Alberto Edwards es de las personalidades chilenas más dignas de sobrevivir y difundirse, de las que honran nuestra cultura.

Debemos agradecer esta breve colección hecha como ensayo y alentarla para que, poco a poco, vayan saliendo de diarios y revistas las innumerables colaboraciones del múltiple autor y podamos leer a Miguel de Fuenzalida en sus invenciones policiales, al consejero de "La Felicidad en la Vida Modesta" y sus recetas culinarias con tanto placer y provecho como relemos al economista, al político y al historiador filósofo de "La Fronda Aristocrática".

Alone.